

La última lección

El coronel.—¡A la inglesa y al trotel
Lopez.—Mire, mi coronel, que yo no estoy ya para esos trotes.

EL BLOQUE DINÁSTICO

No se sabe si será en forma de cubo ó de cuba; ello dependerá de la entrada y preponderancia que se otorgue á Huelin; pero es un hecho indiscutible la constitucion del bloque monárquico dinástico barcelonés, con vistas á la herencia de las pantorrillas de Planas y Casals.

El asunto merecía una mayor atencion de la que la Prensa local le ha concedido, y por eso voy á dedicar unas líneas á reflejar las opiniones recogidas, de boca de ganso, acerca de ello.

¡Ahí es nada haber encontrado en qué utilizar tanto adoquin político!

He aquí esas opiniones, sin excluir la del inevitable Monegal.

¡El bloque monárquico! Como no sea para labrar la piedra funeraria del dinastismo, no comprendo su necesidad.

Planas y Casals.

Por ahora estoy muy ocupado con los bloques de dos mil toneladas y flotantes de las obras del puerto. El que se trata de hacer no es de tanto peso ni creo que flote.

Rómulo Bosch.

Cuento viejo remozado



Lopez Dominguez.—Cuando yo le guiñe á usted un ojo, es que vaya al Vaticano.

Teverga.—Cuando yo levante el dedo, es que no me da la gana.

Es necesario, muy necesario, hacer el bloque, pues la verdad es que á los dinásticos nos tienen en Barcelona *bloqueados* y... con hambre.

Varios ex de diferentes ramos.

¡Viva el bloque! En él podrán tener cabida nuestros cantos rodados

Varios imitadores de Grilo.

Hombre, eso del bloque me parece bien, muy bien. Sólo que en vez de un gran monolito debería procurarse hacer un nuevo *Manuelito*... Planas.

Y bien podía ser yo, por lo del diminutivo.

Tort y Martorell.

¿Un bloque? Francamente, ya no tengo los dientes para clavarlos en cosa tan dura.

Durán y Bas.

Quizá para hacer el bloque nos faltará el hormigon; pero yo aseguro que han de sobrar hormiguitas.

Escuder.

Yo no sé lo que es eso; pero, en fin, si hace falta una levita ya saben ustedes que pueden disponer de la que presté una vez á Romanones, aun cuando me la dejó algo desfachada.

Forgas.

¿Qué se necesita para un bloque? Tres elementos: piedra, agua y polvo. De la primera aun no se ha agotado la cantera de donde Collaso y Planas sacaron tantos adoquines para el Concejo, de la segunda aun se podría sacar alguna del famosísimo acueducto de Moncada, quizá no muy dura. En cuanto al polvo ya nos lo echarán los republicanos y nos lo sacudirán los catalanistas si hay elecciones

El bloque es posible, como fué posible lo de Jerusalem, de que ya casi nadie se acuerda.

Griera.

En cuanto descanse de mis viajes cuenten los organizadores del bloque con mi cooperacion... si no me vuelvo á marchar.

Marianao.

Yo soy muy consecuente. No intervendré en la formacion del bloque; pero eso no ha de impedir-me telegrafiar al Gobierno pidiéndole la mar y sus arenas.

Monegal.

Hagan, hagan el bloque y cuenten con que yo lo cobijaré bajo mi sombra.

Manzanillo.

El bloque es imposible. En cuanto ha entrado el mortero en el Casino, que dignamente presido, se me ha dormido.

Benet y Colom.

Después de oír el luminoso parecer de Valentí Camp no creo más que en el bloque del calendario.

Y en ese porque no lo he editado en la biblioteca de casa.

Manuel Henrich.

Estamos hechos cisco. Me parece que á lo sumo, en vez del bloque, lo que podemos hacer los monárquicos es una *briqueta*.

Cornet y Mas.

Lo que dice mi papá... político.

Roig y Bergadá.

Yo, señores, ni entro ni salgo. Ya hice que me iba y... no vuelvo

Godó.

Ni contigo ni sin tí
tienen mis penas remedio, etc.

El dinastismo local.

Hombre, sí, que hagan el bloque.
Uno más que arrojar á la escollera y al fin habrán servido para algo útil esos señores.

La opinion barcelonesa.

Por la copia,

JERÓNIMO PATUROT.

Mecanógrafo con un dedo.



LAS VÍCTIMAS DE BILBAO

.....
Españoles, llorad; mas vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean,
sangre que ahogue á siervos y opresores,
y los viles tiranos con espanto
siempre delante amenazando vean
alzarse sus espectros vengadores.

Espronceda.

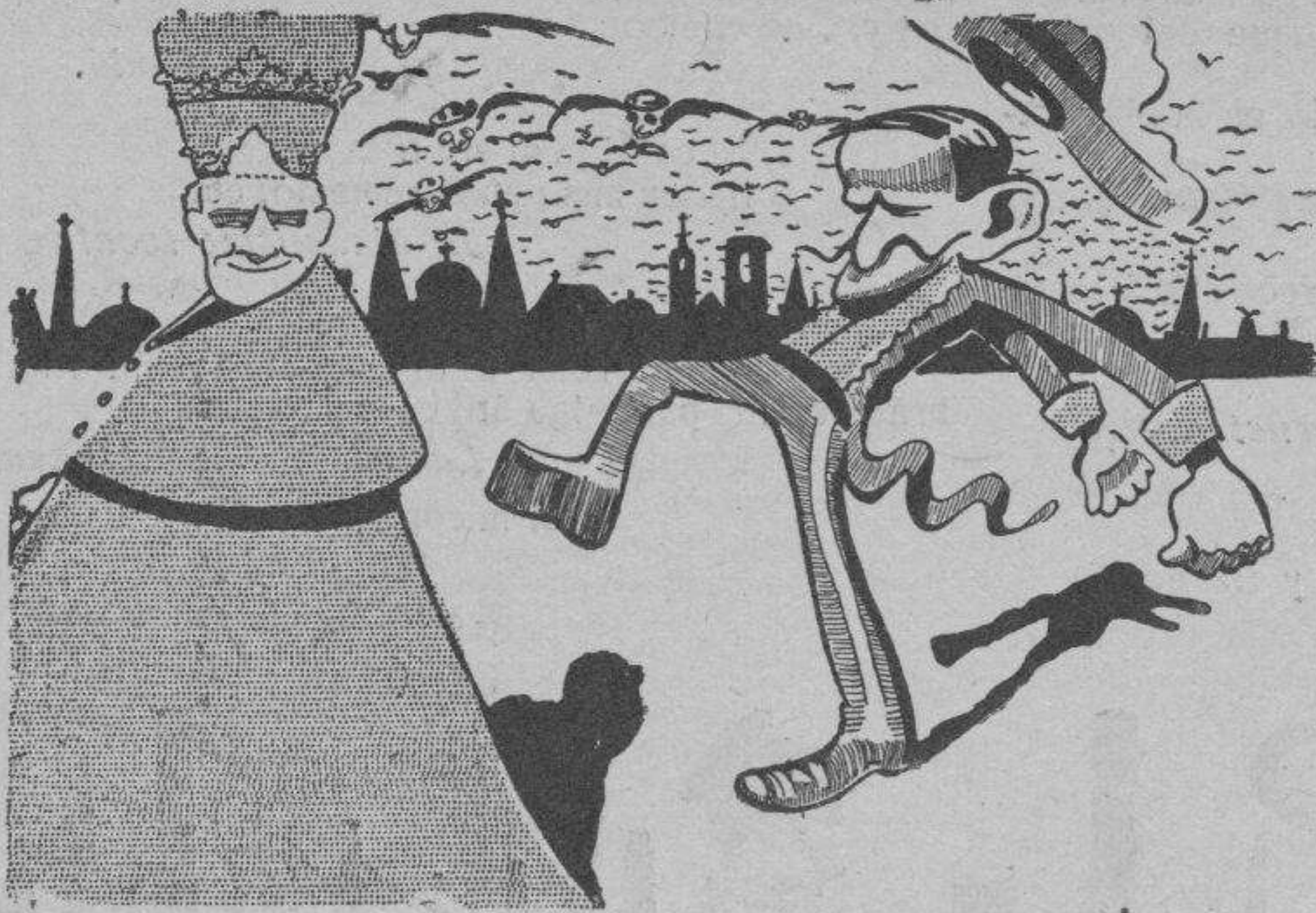
Los hambrientos, los parias, los opresos
se han alzado otra vez contra los Cresos
feroces é inhumanos
que se han enriquecido
trocando en oro ruin y envilecido
la sangre y el sudor de sus hermanos.

Al ver que sacudía la melena
el mísero leon que encadenado
sufre y trabaja, se somete y pena,
creyóse que, irritado,
iba á romper al cabo la cadena
que la ambicion astuta le ha forjado.

Creso tembló de miedo,
guardó el oro homicida precavido,
y le faltó denuedo
para acallar el vengador rugido
del pueblo que, arrogante, fiero y bravo,
trataba de salir enardecido
de la humillante condicion de esclavo.
Y ¡terrible ironía de la suerte!
al auxilio del amo, á hacerle fuerte
obreros explotados acudieron,
el hermano al hermano le dió muerte
y parias contra parias combatieron.

Oyendo los lamentos alocados
del Creso que temía á la canalla,
diéronle bayonetas y soldados,
trabóse la batalla
y, á falta de razones,
hablaron el fusil y la metralla
y llenaron de obreros las prisiones.
Una vez más la fuerza ha conseguido
imponerse al derecho,

SUS ENERGÍAS



Romanones quiere pegar pero no llega.

y una vez más el pueblo se ha batido
contra el pueblo oprimido,
logrando de los ricos el provecho.

Parias uniformados é imprudentes
han hecho á los burgueses prepotentes,
al pueblo, hijos del pueblo han sujetado
y el árbol del progreso se ha regado
con sangre de inocentes.

Pueblo, pueblo inmortal, pueblo ultrajado,
renazca tu esperanza;
la amada libertad sólo la alcanza
quien lucha denodado,
demostrando, al luchar, que la merece,
que el árbol que nos da su fruto amado
sólo con sangre se fecunda y crece.

ANTONIO SAN DE VELILIA.

Noticia vieja



—¿Y hasta ahora no se han enterado en Madrid de que tienen mala leche?

Luis Leon Patricio de la Asuncion Fernandez y Garcia era un hombre verdaderamente enérgico.

Cuanto se propuso lo llevó á cabo con una resolucion que franqueaba todos los obstáculos, por grandes que fuesen.

Un dia se le antojó ser escritor, debilidad de todo español que sabe leer, aunque no sepa escribir

Y, dicho y hecho, cogió el libro mayor que llevaba en una casa de comercio y lo tiró por el balcon, aplastando á uno

«que dijo ser guardia urbano» y le llevó al cuartelillo con toda la urbanidad compatible con un guardia que le han desfigurado el sitio de ponerse el ros ó lo que sea.

Allí mismo escribió su primer artículo.

Y salió con la mayor naturalidad.

—¿Dónde va usted?—le dijeron

—A la Redaccion.

—Está usted detenido.

—¡Mejor!

—Necesita usted fiador para salir.

—¡Mejor!

Y salió, sin fiador ni nada, quedando los guardias *estupefatos*.

Llegó á la Redaccion de un periódico importante

—¿El señor director?

—Servidor.

—Necesito publicar este artículo; soy un escritor americano, Luis Leon Patricio, etc... renombradísimo en todas las...

—¿Repúblicas americanas?

—Y de las letras, y dispense que mi abuela haya muerto; pero mi carácter...

Total, que publicó el artículo y, caso poco frecuente en la patria de Carulla, ¡lo cobró!

Siguió escribiendo y puso de vuelta y media á todos los del oficio.

—¡Hombre—le solían decir—, mire usted que Fulano no escribe tan mal! Además maneja el sable y el florete...

—¡Mejor!

Y, efectivamente, nadie se metió con él, más que para darle algun bombo.

Luego se le antojó ser autor.

Escribió un drama y se fué derecho al empresario de un teatro

—¡Vengo á leerle á usted *esto*!

El empresario tenía malas pulgas.

Déjelo y se leerá; estamos abrumados de obras y trabajo.

—¿Cuándo tendré la contestacion?

—Pásese usted dentro de un mes.

—No me es posible aguardar tanto.

—Dentro de veinte dias.

—Soy Luis Leon, etc...

—Como si fuera ustera el abate Gaponny.

Iba á perder *su energia*; pero cogió una silla, rehaciéndose, y la estrelló en la pared

—Usted dispense.. mis nervios.. á veces. Dentro de tres dias volveré .. Ahí queda eso.

Equilibrio Inestable



El trono se sigue tambaleando

A los tres días:
 —¿Leyó usted? ..
 —¡No, señor!
 —Pues bien, mañana confío en que la habrá leído; de lo contrario, pasado mañana ¡cierro el teatro!
 Y al salir derribó un busto de Arniches, que se rompió contra una pila de dramas comprimidos.

 —¿Leyó usted eso?
 —¡Soberbio! Dentro de ocho días se pone en escena. Le suplico solamente que firme con menos nombres para economizar cartel.
 —¡Firmaré Leon! ¡Y no me contento con un éxito mediano!
 El éxito superó á todas las esperanzas. Fue grandioso.

—Ahora—se dijo—ya tengo un nombre; buscaré esposa digna de mi talento, rica, que me adcore y en quien pueda emplear las energías que me sobran.
 Se fijó en una marquesita recién salida de un colegio de monjas.
 —La lucha es desigual—pensó—. Hacerla mi esclava hasta la muerte es facilísimo; pero no importa. Luego emplearé mis energías en hallar la dirección de los globos ó en proclamar la federación ibero-americana.
 Sus amigos le decían:
 — Es una empresa difícil casarte con esa chica. Es riquísima, está asediada por muchos pretendientes.
 —¡Mejor!
 Puso sitio á la fortaleza y á los tres meses se

Trabajo perdido



—¿Qué buscas, pubillal

—Alcalde.

—No te canses en buscarlo, la hoja en que figura esa palabra se la han quedado en Madrid.

casó con la candidísima ex-colegiala Blanquita de no sé. Cuántos, marquesa de no sé Qué.

Corramos una estera sobre los primeros días de ventura.

La inocente niña, con su dulcísimo carácter, desmayábase lánguidamente en brazos del amor...

Era el sexto día de luna de miel. Dieron las dos de la madrugada en la alcoba de los recién casados, y Luis Leon, etc., se hallaba ausente todavía.

La afligida Blanca lloraba.

El marqués consorte se permitía hacer su primer pinito enérgico de independencia matrimonial, para seguir ejercitando sus energías.

Llegó a la madrugada. Rompió el timbre á fuerza de llamar. Los criados no salían y la casa permanecía en silencio

Una idea horrible cruzó por su mente como en los personajes de folletín.

Pero no se alarmen los lectores, que Blanca sale hasta la puerta en zapatillas.

—¿Quién llama á estas horas?

—¡Yo! ¡El demonio! ¿Os habeis muerto todos?

—Aquí no hay más que un muerto—le contestan—, y es usted, caballero; váyase noramala— ¡adúltero!

Iba á dar una coz á la puerta, dejándose llevar por sus energías; pero aquella vocecilla indignada, por un efecto misterioso, le hizo salir á la calle sin darse cuenta.

Y el marqués consorte se quedó sin marquesa, la cual volvió con sus ilustres papás, sin dignarse escuchar explicaciones de ninguna clase.

La candorosa niña había cortado las garras del leon, y, agotadas sus energías, anda ahora por la Rambla enseñando el contrafuerte de las botas.

¡Sic transit gloria mundi!

JOSÉ BRISSA.



UN CASO

El último disfraz de España

De sobremesa charlábamos cuatro amigos de juventud y, excitados por los buenos vinos, que traen el buen humor, hablábamos con animación sobre embrujamientos, aparecidos y hechicerías, relatando cada cual un cuento, una conseja ó una aventura de la que muchas veces había sido protagonista el narrador.

Así departíamos envueltos en el humo de nuestros cigarros, salpicando la conversacion con agudezas no siempre delicadas y con sonoras risas, cuando Gonzalo Ramirez, acercando su silla á las nuestras, nos contó en tono confidencial la aventura que ahora damos á conocer, de la cual nos dijo ser el héroe.

Era Gonzalo un mozo recio y fornido, de frente despejada y ojos negros de mirada cortante y fría; su voz era fuerte y acompañada, sin vibraciones armoniosas. Todo en él indicaba al hombre decidido, capaz de hacer frente á cualquier peligro y destinado á ser en la vida un vencedor.

—Yo he tenido—nos dijo Gonzalo—una sabia maestra que, dándome lecciones prácticas, me ha dotado de grandes conocimientos en la más difícil de las ciencias: la ciencia de la vida. De una de esas lecciones quiero hablaros, y vereis por mi relato cómo todos, cuando nos faltan recursos, caemos en las mayores tonterías.

Estaba yo, en la época en que me aconteció la aventura que voy á relataros, empleado en una empresa agrícola, gozando de un sueldo apenas regular, sin esperanza de prosperar por falta de medios. Tenía en ese entonces veinte años y soñaba, como todos en esa edad, con riquezas y honores, contando ratos de verdadera desesperación cada vez que llegaba á convencerme de que no colmaría mis aspiraciones con un modesto sueldo de empleadillo de segunda categoría, si acaso no era que la casualidad se decidía á tomar cartas en el asunto y ayudarme.

Fué en uno de esos estados de ánimo cuando por primera vez pensé en evocar al diablo y ajustar con él un convenio que me proporcionara todo lo que ambicionaba.

Gran lector de libros raros y olvidados por las presentes generaciones en los estantes de las librerías, yo había leído mucho acerca de pactos celebrados con el diablo por individuos desprovistos de miedo y ávidos de satisfacer esa curiosidad innata de la humana especie, unas veces ansiosos de rique-



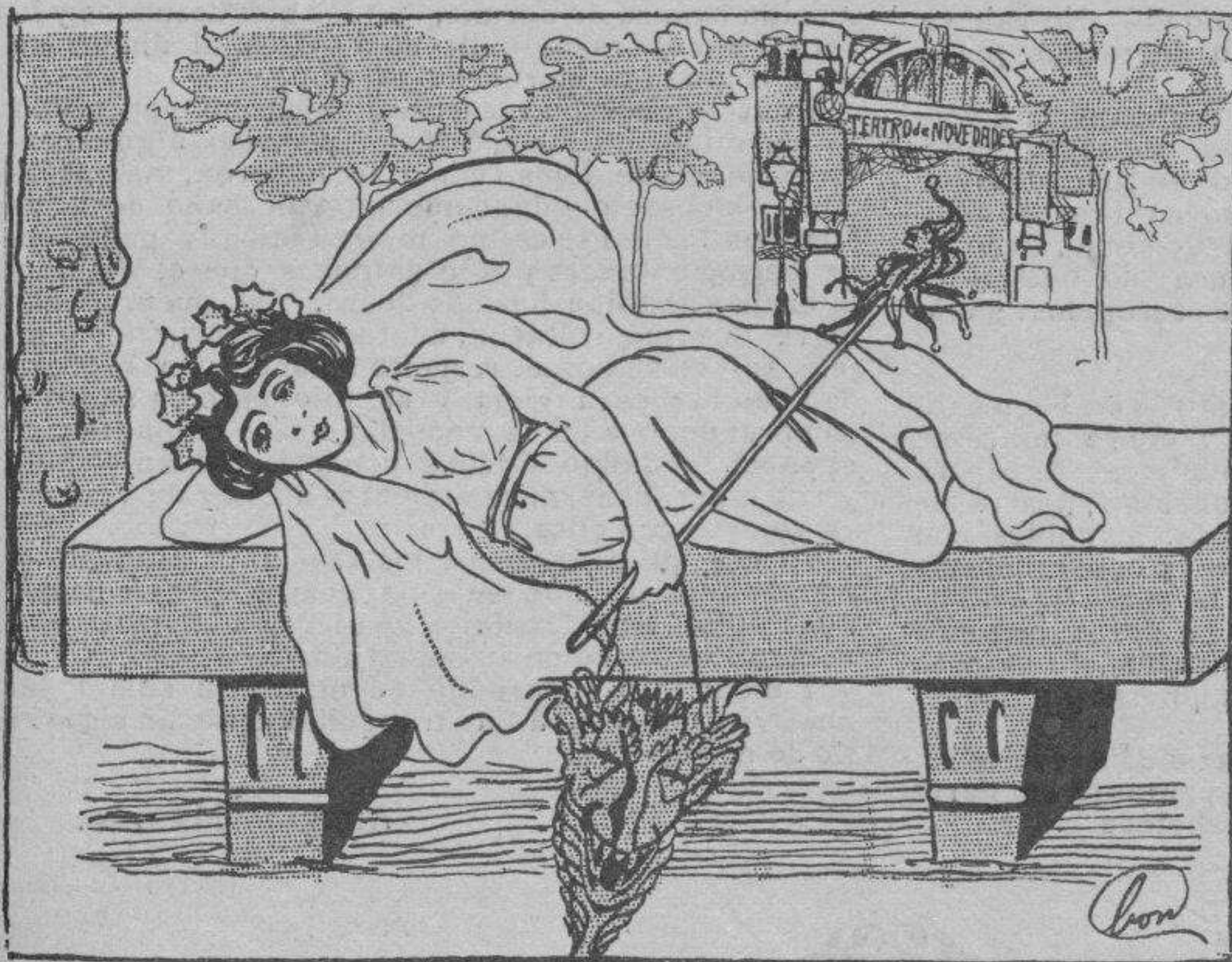
—¿Verdad que no se conoce que llevo ropa prestada?

zas y otras de poder. Conocía al dedillo la obra de Weirus sobre las divinidades infernales, sus medios de relacion y la extension de su poder, y más de una fórmula me tenía guardada para evocar al rey de las tinieblas.

Al principio la idea fué pasajera; luego me preocupó á menudo y por último se convirtió en una obsesión dolorosa que no me daba descanso. Resolví finalmente llevarla á cabo y sólo pensé ya en la mejor manera de efectuarlo.

Tenía á mi disposición, como fruto de mis lecturas, varios medios: ir con una luz á la espalda á coger flores de higuera la noche de San Juan Bautista, á las doce en punto; echar al fuego granos de benjuí rociados de antemano con agua bendita, rezando un padre nuestro saltando una palabra cada tres; entrar á las dos de la madrugada á un cuarto oscuro llevando en las suelas de los zapatos estampas del crucificado, y tantos otros como sabía que podían emplearse. Pero, á la verdad, los encontré todos deficientes. Como vacilara en ejecutar uno, me decidí por el que nunca debía haber adoptado, y resolví visitar á una vieja de horrible catadura y andrajoso aspecto que habitaba cerca de la finca y que tenía fama de bruja.

Fuí una noche á verla y la declaré sin rodeos el objeto de mi visita. Ella pareció sorprendida al principio, luego se decidió á ayudarme, y tras una acalorada discusión y un regateo de precio sostenido se comprometió á facilitarme una entrevista con el diablo mediante el pago de doscientos duros entregados en dos plazos: el uno al día siguiente



La pobre Talía no tiene en Barcelona casa decente donde alojarse.

temprano y el otro la noche de la entrevista al presentarse la deseada divinidad infernal. Escogimos para llevarla á efecto un viernes, por ser este día favorable para hacer peticiones á su majestad Satanás. Iria yo acompañado de la vieja á la orilla de un arroyo en donde á su conjuro aparecería el diablo, con quien debía arreglar personalmente mi asunto como mejor lo creyese, sin inquietarme por el fuerte olor á azufre que despidiera, ni serme extraña la forma humana que revestiría para mejor prestarme toda la confianza de que en semejante caso yo habría menester.

Así fué. Llevé al día siguiente á la vieja la mitad del dinero y preparé el resto para entregarlo en momento oportuno. Excusado es manifestaros que para reunir la suma necesaria eché mano de mis ahorrillos, empeñé algunas alhajas y hasta ropa, y pedí un adelanto sobre mi sueldo en la caja de la Empresa. Pero esto poco me importaba, una vez que creía á pie juntillas que vendida mi alma por una fuerte suma, podría cumplir mis compromisos y marcharme á satisfacer mis ambiciones de gran señor.

El viernes, poco antes de la media noche, estábamos ya en camino mi introductora y yo. La noche era oscura y lluviosa y á cinco pasos no se veía la sombra de la mano. Al llegar á una distancia como de veinte metros del arroyuelo nos detuvimos, mi compañera se prosternó, masculló algo en voz baja que no entendí, y luego dió dos ó tres silbidos. Sentí un ruido sordo cerca de la quebrada y á poco ví destacarse de entre una masa de árboles una sombra negra que lanzaba chispas luminosas.

Deciros que no tuve un instante de terror sería mentirosos; hasta llegué á pensar en una retirada honrosa. Pero no era ya hora de vacilar, y, además, el deseo de ser poderoso pudo en mí más que todo. La bruja me aconsejó avanzar, recibió el resto del dinero, y, deseándome buena suerte, se alejó rápidamente.

Yo llegué con paso tembloroso hasta unos metros del demonio, quien me ordenó detener alargando un brazo en cuyo final las manos mostraban dedos larguísimos armados de garras horribles. Yo hice una gran reverencia, no desprovista de temor, y entonces él, con voz bronca, me preguntó lo que quería.

—Deseo—le dije—venderos sin restricciones mi alma, mi felicidad eterna, siempre que me deis un plazo de treinta años y el poder de satisfacer todos mis deseos durante ellos.

—Pides mucho, mortal—respondió él—. No vale tu alma miserable tanto y no puedo darte más plazo que veinte años. ¿Aceptas?

Vacilé un breve rato antes de contestar. En verdad merecía pensarse despacio eso de saber que á los cuarenta años, cuando se está en todo el vigor de la vida, ha de entregarse uno en brazos de la muerte, y, lo que es peor aun, del demonio. Pero yo estaba tan decidido á efectuar el negocio que mi indecision duró poco, eché á un lado escrúpulos, y dije en tono breve y seco:

—Acepto.

—Bien, bien. Supongo que cumplirás de buen grado, pues es imposible engañarme y cobro intereses muy fuertes á los morosos é incumplidos. Te espero aquí mismo, día por día, hora por hora, dentro de veinte años. Ahora vuelve á tu casa, no hables con nadie en absoluto y hallarás sobre tu cama una varita. No la toques hasta el día, si no perdería su virtud. Con ella tendrás todo lo que quieras con sólo manifestar en voz alta tu deseo, teniéndola bajo el brazo izquierdo. Goza todo lo que quieras y al fin del plazo vuelve aquí.

Acabando de hablar me hizo dar media vuelta rápidamente, me aplicó un fuerte puntapié en parte delicada y desapareció entre la arboleda.

La entrevista, como veis, no pudo ser más corta ni más sencilla, pues ni el tradicional documento firmado con sangre propia me exigió el diablo. Cierto es que su voz tenía en sus inflexiones gran parecido con la de un mal hombre, hijo de la vieja, despedido días antes de la empresa por su conducta escandalosa. Pero en ese momento no reparé en el parecido y satisfecho—aunque no del todo, pues siempre es cosa fuerte vender el alma, por pocas creencias que se abriguen—regresé á mi casa.

Entré precipitadamente y, encendiendo luz, pude convencerme lleno de alegría que sobre mi cama estaba la varita ofrecida, una vara de madera ordinaria que de por sí no valdría nada sin el poder conferido. Mi confianza creció de punto con este hallazgo y no me detuve á suponer, tan poco malicioso era, que no teniendo la puerta seguridad de ninguna clase, fácil pudo serle á la vieja entrar con ella y depositarla en el lecho.

Por de contado que no usé éste por temor de tocar la prodigiosa vara; y como no tenía más mueble apropiado para dormir, tuve que acostarme en el suelo de la habitación, aunque en realidad no pegué los ojos revolviendo proyectos de futuras grandezas.

Temprano, al salir el sol, abandoné mi duro lecho decidido á no ser más empleado ni miserable; resolví vestirme y pedir luego á mi famosa vara alguna fuerte cantidad de dinero con que arreglar mis deudas y marcharme á gozar lejos, á París, á Nueva York, al fin del mundo; pero pensándolo mejor, para ostentar desde el primer momento mi poder, opté por pedir á la vara un lujoso vestido completo, y resuelto esto, en un arrebatado de momento, arrojé en monton mi única ropa por la ventana sobre la tierra mojada por reciente lluvia; es decir, quemé todas mis naves. Pero esto ¿qué importaba? Pronto tendría gran variedad de trajes.

Tomé, pues, con religioso respeto la vara, y, colocándola bajo mi brazo izquierdo, expresé, en voz alta, mi deseo de un traje lujoso. Aguardé un momento, esperando ver presentarse un negro enorme, como en el cuento de Aladino, con pendientes en las orejas, trayendo en una bandeja de oro lo pedido; pero nada de esto sucedió. Sorprendido, repetí mi petición una y otra vez, exaltándome cada vez más, no comprendiendo lo que me sucedía, y alzando la voz poco á poco, hasta atraer con mis gritos al jefe y empleados de la fábrica, que me creyeron loco y entraron con intencion de averiguar el caso á mi habitación, hallándome en actitud ridícula, como podeis imaginaros, en el medio de ella, vistiendo una sencilla camisa de dormir, con los pies desnudos y la vara bajo el brazo, pidiendo á gritos al diablo un traje como rara marqués ó príncipe.

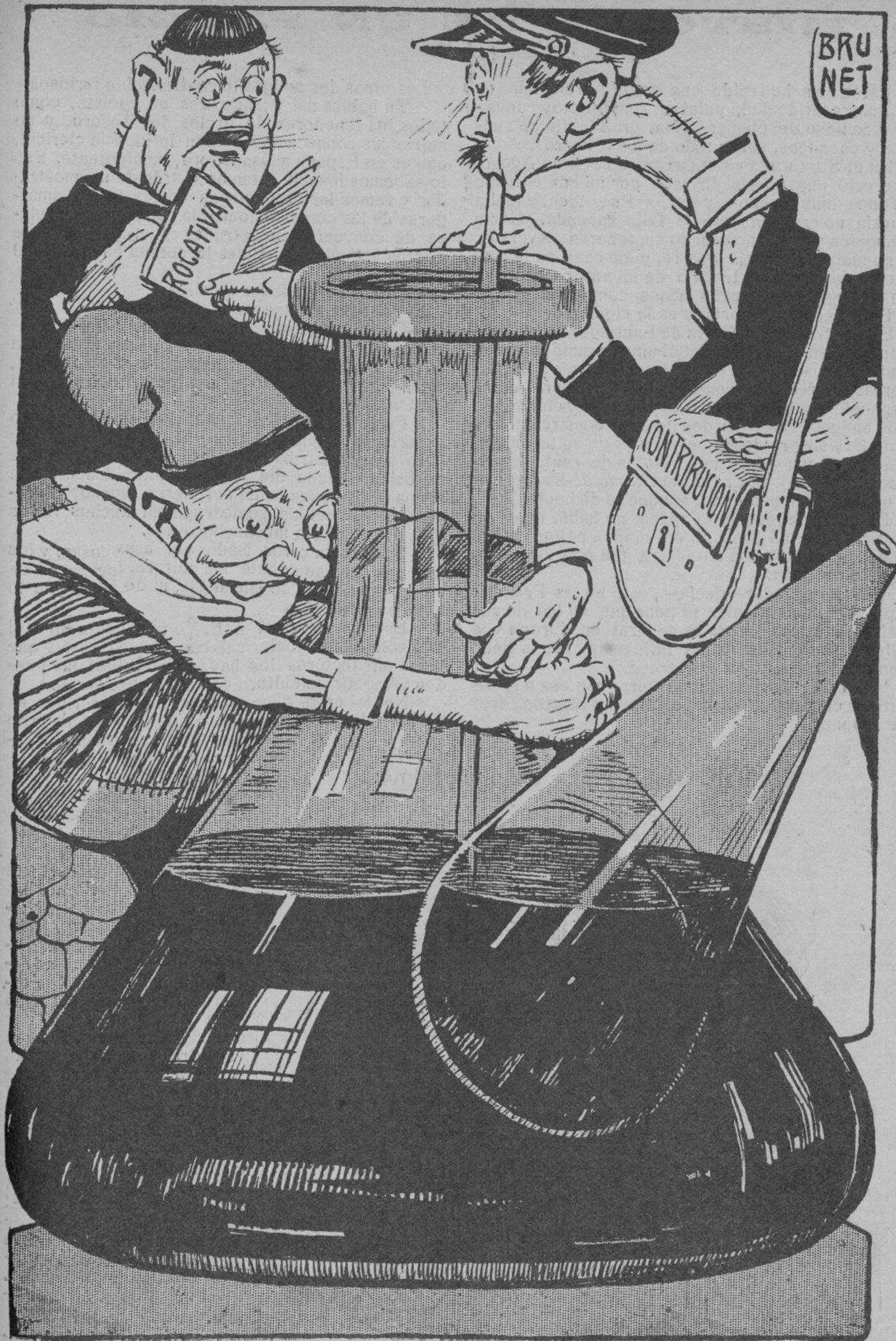
No atreviéndose á acercarse ninguno por temor de que mi locura fuese furiosa, propuso alguien enlazararme desde lejos, como lo hicieron, maniatándome en el suelo y dándome un gran baño de agua fría, con lo cual se calmó mi irritacion y pude convencerme entonces y sólo entonces que el diablo y la bruja se habían burlado de mí. Así, pues, cuando logré que me soltaran, contando lo ocurrido á mi jefe, salí en su busca, resuelto á hacer una barbaridad con la pícara vieja y su hijo, pues ya ahora sí comprendía que en la comedia á éste había tocado el papel del diablo. Como supondreis, habían volado, y mis esperanzas, mis doscientos duros y mi venganza volaron con ellos.

Ya veis, pues, amigos míos—concluyó Gonzalo—cómo en materia de embrujamientos, hechicerías y aparecidos tengo recibida una leccion bastante provechosa que creo no olvidaré jamás.

Y dicho esto, separando de nuevo su silla de las nuestras, comenzó á liar tranquilamente un cigarrillo de papel.

AURELIO MÁXIMO.





EL MES DE SETIEMBRE.—La floxera no significa nada al lado de estas dos calamidades

HISTORIA DE UN PLAGIO

Estos días he tenido una *cogida* tremenda (en el buen sentido de la palabra, ¿eh?). Estoy convicto y confeso de plagiario, con gran júbilo de amigos y enemigos, sobre todo de los primeros.

En el SUPLEMENTO ILUSTRADO del 4 de Agosto apareció una poesía firmada por mí con el título «Todos muy buenos, pero...» Pues bien, aquella poesía no era mía, sino de Luis Taboada. ¿Cómo demonios yo, que he escrito centenares de versos, y no malos, modestia aparte, pude caer en la tentación de copiar el trabajo de un autor que no se ha distinguido, ni mucho menos, como poeta?

Esto tiene su historia, y es la siguiente:

El día 25 de Julio, fiesta de Santiago, después de una copiosa cena, nos hallábamos reunidos varios amigos tomando café en la *Maison Dorée* y la conversación recayó, como sucede siempre entre españoles, sobre cuestiones religiosas y clericales. Mis amigos eran tres: dos de ellos comerciantes y anticlericales rabiosos; el otro es un solterón empedernido con veinte mil pesetas de renta (¡buen bocado, niñas!), suscriptor del *Diario de Barcelona* y un escéptico profundo, aunque lo disimula.

El sostenía que en España no había cuestión clerical, que la Iglesia no era ningún peligro y que el hablar mal de los curas era tan ridículo como pasado de moda.

—Desengañense—decía—, esto no es Francia; aquí no estamos mejor ni peor que en los demás países; la crisis obrera es general en Europa y la Iglesia no tiene la menor influencia. Harto tiene con que la dejen vivir de merced.

Y lanzaba bocanadas de humo con ese aire de satisfacción que sólo proporciona un nutrido corte de cupones.

Los otros dos amigos le contradecían furiosos:

—Tú hablas así porque eres un egoísta, como todos los tenedores de títulos del Tesoro, y no sufres las consecuencias de la influencia clerical, que es en España avasalladora, omnipotente. Eso lo sabemos los que estamos detrás de un mostrador y vemos las oscilaciones del cajón, las amarguras de las contribuciones, la competencia ruincosa de conventos industriales y el descenso de ciertos artículos á quienes la sotana ha puesto el veto.

Yo intervine en favor de ellos.

El *rentista* apenas me dejó hablar.

—Contigo no quiero discutir—me dijo—; padece de la monomanía anticlerical y ves curas hasta en las costuras de los calzoncillos. Vamos á ver, ¿qué fruto has sacado tú con tanto machaqueo en EL DILUVIO?

—Fruto *material*, ninguno; no, por ese camino seguro estoy que no llegaré á codearme contigo; pero *moral*, mucho y provechoso. El pueblo va conociendo cada día más las intimidaciones de la trama eclesiástica, caen por tierra muchos prestigios desmerecidos, se desengañan muchos ilusos y se ponen alerta muchos incautos.

—Ese es tu error. Nadie lee esas cosas, y los que las leen son gente sin cultura, incapaces de darse cuenta de lo que dices, ni de distinguir lo blanco de lo negro.

—Eso te parecerá á tí. Yo te aseguro que ni una sola línea anticlerical cae en saco roto y que entre mis lectores los hay innumerables que pueden competir en cultura con los de tu *Diario*.

—No lo creo. ¿Te apuestas á que escribes en tu periódico un desatino histórico, un absurdo filosófico ó un plagio literario y nadie lo nota?

—Apostado.

—¿Cuánto ó qué?

—Veinticinco pesetas.

—¿En serio?

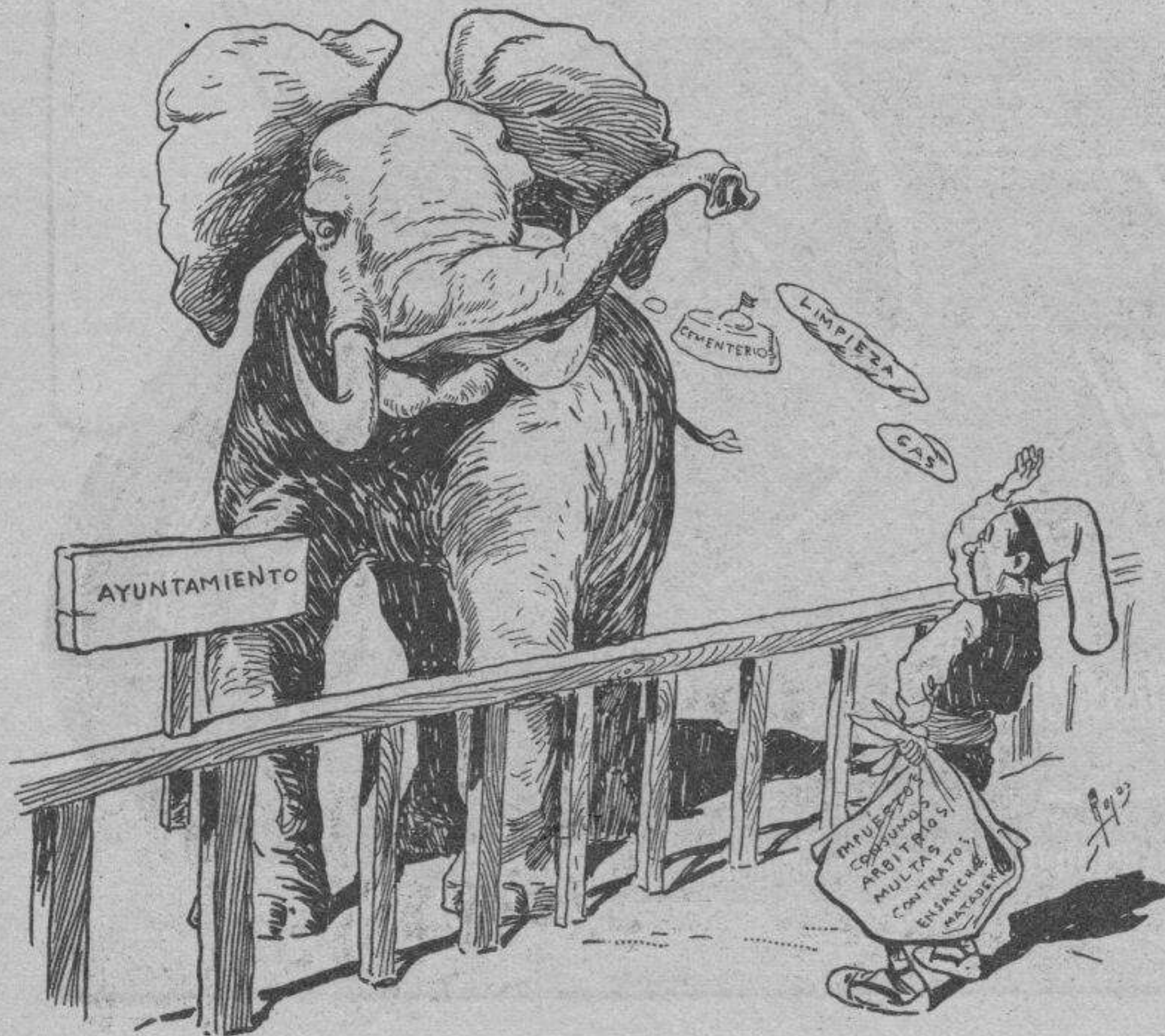
—En serio.

El día 31 de Julio tenía que entregar el original para el SUPLEMENTO ILUSTRADO del 4 de Agosto. ¿Qué pondría? Un disparate histórico diseminado en un relato ó una barbaridad de orden filosófico me parecían poca cosa, y me decidí por un plagio literario. Busqué en Zorrilla, en Campoamor, en Balart, etc.; pero estos buenos señores no se han atrevido á versificar en *anticlerical* neto. Rebusqué en el pluteo más profundo de mi modesta librería, como diría Carlos Jordana, y en contré un almanaque del año 1885. Allí ví la firma de Taboada al pie de una corta composición poética anticlerical que titulaba «Cuento».

—Este es mi hombre—dije.

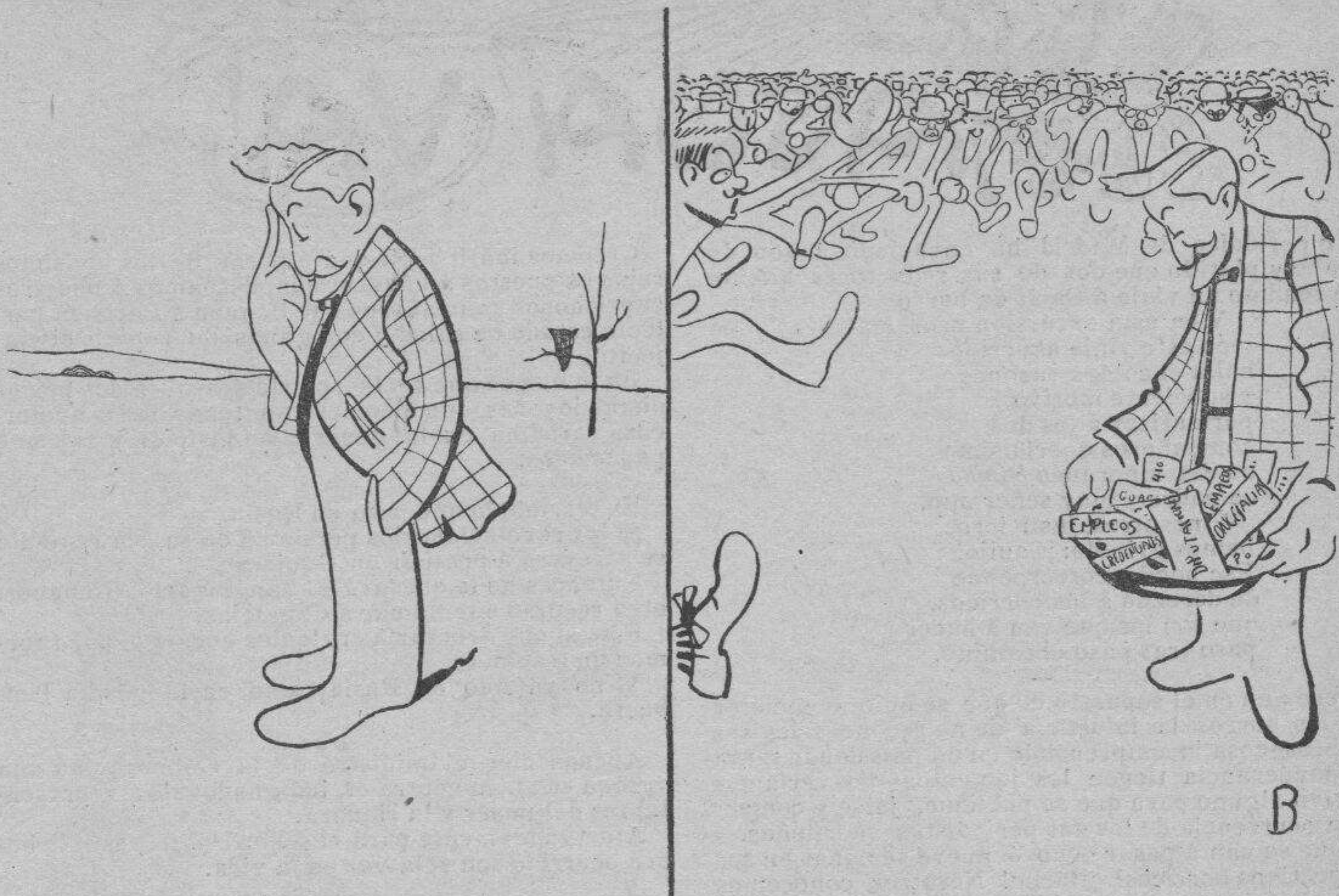
Y variando el título lo copié y lo remití al director. La consigna era de que yo

El "avi" de la Plaza de San Jaime



¡Llam de Déu, quina barra!

Argucias de Maura



Después de largas cavilaciones D. Antonio ha encontrado un procedimiento seguro para hacer la deseada concentración monárquica.

no diría á nadie una palabra y el plazo terminaba el 31 de Agosto.

Se publicó el SUPLEMENTO y yo aguzaba el oído por todas partes; nadie se percataba del plagio.

Yo sudaba el quilo, me iban en ello veinticinco pesetas si la travesura quedaba oculta, y habría que dar la razón á mi amigo rentista de que nadie me leía ni sabía *distinguir*. Tentado estuve en dar aviso de la cosa á cualquier amigo por medio de un anónimo; pero había dado mi palabra de honor de jugar limpio.

Pasaron algunos días.

Una noche me dijo un compañero:

—Dicen por ahí que usted *afana* escritos ajenos.

—Todo el mundo copia -contesté aparentando tranquilidad.

—Pero, hombre, no de Taboada, á quien ha leído todo el mundo.

Respiré; el plagio estaba descubierto.

Hice mis indagaciones, y supe que el *descubridor* ha sido mi amigo Reguera, director que fué de un semanario popularísimo en Barcelona que por cierto también copió el famoso *Cuento*.

Convoqué á mis amigos, referí el suceso, y el recalcitrante solterón no tuvo más remedio que soltar las veinticinco pesetas, que, por cierto, fenecieron aquella noche.

De todo lo cual se deduce:

Que lo *anticlerical* se lee, y esto lo hacen personas tan ilustradas y eruditas y de tan feliz memoria, que aun recuerdan un verso de Taboada escrito hace veinte años.

Esta es la historia de mi plagio inocente, por el cual pido perdón á mis lectores habituales.

FRAY GERUNDIO.





Un periódico de Madrid ha anunciado á son de bombo y platillo que dos de sus redactores habían emprendido un viaje á París en burro.

Y en esta excursión prosaica y en este viaje aburrido halla el colega razones y suficiente motivo para atizar á los dos compañeros queridísimos un extemporáneo *bombo* de padre y muy señor mío.

Y nosotros, justicieros, hemos gritado: ¡Canijo! Ese bombo corresponde de derecho á los borricos, que son los que van á hacer paso tras paso el camino.

Pero aun en el supuesto de que se quiera cometer con los burros la injusticia de no reconocerles sus méritos—cosa incomprensible en un país donde tanta preponderancia tienen los jumentos—no veríamos motivo alguno para que se publique, jalee y comente la ocurrencia de los dos periodistas madrileños.

¿Que se van á pasar ocho ó nueve semanas en sus respectivos borricos? ¡Buena! Nosotros conocemos personas que se pasan toda la vida en burro.

¿Citamos nombres?

Creemos inútil decir que á pesar de los levísimos reparos puestos á la excursión, deseamos á nuestros caprichosos compañeros que lleguen á París en perfecto estado de salud y con ganas de repetir el viaje.

Es lo menos que se les puede desear á dos periodistas jóvenes que demuestran tener buen humor, cosa rarísima en la generación insípida y gris que padecemos.

Es terrible lo que pasa en Rusia.

Si los revolucionarios persisten en su obra, nadie se atreverá á presidir un Gobierno.

Entonces no le quedará al sanguinario Romanoff otro recurso que llamar á Canalejas.

Este sí que aceptaría cualquier encargo para formar un Gabinete.

Y no ya sólo en Rusia, sino en la misma Timbuctú.

Apenas dice el ministro de la Gobernación una verdad se alzan contra él, indignados, los representantes del poder y la riqueza.

Afortunadamente para el señor Dávila, esto le habrá ocurrido una sola vez en la vida.

Desesperado, Valentí Camp se quiere ir con su sincera filosofía al extranjero.

Las llamadas de Bastardas



Quando toca á trabajar los frailes le dejan solo;

pero si toca á comer acuden los frailes pronto.

Escenas callejeras



La hora del vermouth.

Aquí no le hacen caso y vive tristemente en medio de los Jimenez y los Pinilla.

Yo también creo que este genio prodigioso no puede dar ópimo fruto en Hispania.

Y que su *Labor Nueva* tendría un merecido éxito en el Congo.

En punto á fertilidad ingeniosa nadie aventaja al diputado por Vilafranca.

Aconsejó hace algún tiempo á sus electores la replantación de los viñedos filoxerados y la emisión del voto por el cual debe regenerarse la patria.

Y hoy, al observar que no se vende el vino de las cepas americanas, propone la constitución de un pantano que surtirá de aguas á Vilafranca y mantendrá vivo el entusiasmo por las urnas.

Si esto no es favorecer á la agricultura que venga el propio Joaquín Costa y lo vea.

Por fin ha publicado la *Gaceta* la tan traída y llevada real orden del conde de Romanones.

Los neos la han acogido con indiferencia, como gente que sabe que la real orden y el Conde van á estar muy poco tiempo en vigor.

Los anticlericales tampoco se han entusiasmado.

Porque es juego de chiquillo, y á ninguno se le esconde que hoy vence el Conde á Vadillo y luego Vadillo al Conde.

Dicen que Tressols ha vuelto victorioso y arrogante y que viene muy resuelto á llevarse por delante la flamante policía que creía á Tressols solo y cesante.

Dicen que viene de Pera bravucon y hecho una fiera, y que chilla este golilla bien seguro

de que en un caso de apuro cuenta con la protección de alguien que cree que mandar es cuestión de manejar diestramente un buen bastón.

El general Lopez Dominguez ha desenvainado su virginal espada y la ha descargado con denuedo sobre Bilbao.

El tardío arranque belicoso de nuestro pacífico general nos ha sorprendido de tal suerte, que no tenemos ni aun la serenidad necesaria para discurrir un comentario. Limitémonos á escribir una frase hecha para pintar la admiración que nos ha producido ver al general Lopez Dominguez hecho guerrero: ¡Tarde y con daño!

Gracias á los procedimientos de fuerza empleados por el Gobierno se ha solucionado en pocos días la huelga de Bilbao.

Los ministros, los patronos y en general toda la gente de orden están satisfechos de los resultados obtenidos.

Los obreros deben tomar la lección que les dan y aprender, para cuando llegue la ocasión, que la fuerza es lo que da la victoria.

El Gobierno les enseña á imponer sus convicciones ó sus caprichos á tiros.



Con otra limosna acabo el pedestal, y luego á pedir para la estatua.

SOLUCIONES

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

El animal es una serpiente cuya cabeza puede verse detrás del pie de la mujer que aparece en el grabado.

Al concurso n.º 22.-LOS ADMINÍCULOS

A LAS CHARADAS

Madapolan
Canalla



(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 18 de Agosto.)

AL JEROGLÍFICO

No entreis donde no se os llame

AL LOGOGRIFO

M T M R O TOME T
OO EO EE O TOR EE
RT MR TT M E ROER MR
E OO R ETER E R E O ERRO
T R E R O ORO O R R R

A LOS PROBLEMAS

A la distancia de 5'2 kilómetros

Volumen del estanque, 512 metros cúbicos.
Longitud " 16 "
Anchura " 8 "
Profundidad " 4 "

Han remitido soluciones.—Al concurso número 22: José Balsalobre, Poniente, 14, 3.º, 1.ª; Antonieta Frauca, Nápoles, 166, 2.º; Federico Torant, Urgel, 69, 1.º, 1.ª; J. Llorca, Bernardino, 25. A cada uno de los solucionantes les corresponden 12'50 pesetas, que les serán entregadas en nuestra Administración.

Al rompecabezas con premio de libros: Félix Massibi, José Catalá, Baudilio Vidal, Enrique Riba, J. Cabré, Anita Matarrodona Cabré, Enrique Vilaplana, Dionisio Abella, Emilio García, Enriqueta Casanovas, Aurelio Calesali, José Girbal, Ramon Esteve, Antonio Salarich, Lorenzo Osans, Francisco de P. Carné, Arturo Schultze, Manuel Parés, Antonio Ustrell, José Prats Serra, Emilio Rottier, N. Pons Puig, Antonio Roca, José Mateu, José Elías, Juan Casulá, M. Navarro, María Buscá, José Perelló, Antonio Castell, Domingo González, S. Padrés, Eugenio Ferrer, Felisa Balaguer, María Arnero, José Turret, Lucio Pameli, Magin Sans, Mercedes Gallart, Rafael Bordas, Manuel Calvet, Ruperto Brunat, Juan Miranda, Juan Camps, José Fábregas, Antonio Agulló, Juan Quintana, Bonifacio Sala, José Pi Antonio Andrés, Manuel Cáceres, Arturo Martín, Feliciano Cuni, Santiago Miró, José S. Masa, «Una suscritora», Agustín López, Fernando Sistaré, Jaime Martí, Santiago Valls, José Salayet, Antonio Calvet, Enrique Valls, Ramon Cabruja, Manuel Colomé, S. Padrés, Miguel Ferrer, José Bosch, «Una admiradora de EL DILUVIO», Ramon Escofet, Eulalia Guitart, Vicente Salvatierra, Juan Rafols, Anita Subirá, Felipe Ubach y Adolfo Moles. Cada uno de los señores expresados recibirá dos cupones de los que pueden utilizarse para la adquisición de libros.

Al primer problema: Antonio C. Jimenez, Pelayo Segner y Miguel Delhom.

A la charada primera: Otilia Liñar, «Una suscritora», Antonio Pomar, José Prats Serra, José Mateu, José S. Masa, Fernando Cistaré, Manuel Colomé y J. Lavallo.

A la segunda charada: María Sistachs, «Una suscritora», José Antonés, Felipe Ubach y Antonio Pomar.

Al jeroglífico: «Una suscritora», Mariano Peris, José Antonés, Felipe Ubach y Juan A. Sils.

Al logogrifo: Juana Torrens, María Sistachs, «Una suscritora», Antonio Pomar, Santiago Valls Pallejá, Guillermo C. Miquelet, José Prats Serra, Juan Camps y Colldram, Juan Quintana y Farrés (Capellades), José S. Masa, Fernando Cistaré, Manuel Colomé y Pedro Baldrich.

AGUA DE COLONIA DE ORIVE

Basta una sola prueba para decidirse por la riquísima Agua de Colonia de Orive. El que olfatea unas gotas se afana por comprarla, rechazando todas las marcas. Las extranjeras de algún mérito son carísimas y no pueden usarlas más que los potentados, mal avenidos con sus intereses. El Agua de Colonia de Farina, el Agua Florida son buenas, mas no superiores á la de Orive, siendo ésta 4 veces más barata que aquéllas.

Los que gastan el Agua de Colonia de Orive, después de haber desechado todas las extranjeras, ganan en higiene, gusto, ornato del tocador y en su bolsillo, demostrando ser buenos patriotas, que prefieren lo español á lo extranjero, gastando, por añadidura, mucho menos dinero.

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.



El citrato de Magnesia Granulado Etervescente de Bishop, originalmente inventado por ALFRED BISHOP, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de ALFRED BISHOP, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA

DE BISHOP

GRASA

SUPERIOR

PARA

CARROS

MARCA

EL PROGRESO

IMPACIENCIAS DE CANALEJAS



—Serenó, abra usted.

—¡Ay don Gasó, le he pedido la llave al señoritu y no la quiere soltar.